

## CONVERSACIONES CON EL POETA JAIME QUEZADA

*Juan Armando Epple*

University of Oregon  
Eugene, U.S.A.

Jaime Quezada es quizás el poeta chileno de su generación que más se ha relacionado tanto con la tradición precedente como las nuevas voces poéticas del país, sea en su trato personal con ellos como en los vínculos dialogantes que acoge su propia obra. Solitario experimentado en el arte de la conversación, su labor como gestor de encuentros literarios, recitales y talleres de creación poética durante el período de la dictadura ha sido valorado como una eficaz instancia formativa para muchos de los escritores emergentes y una contribución destacada al esfuerzo de rearticulación de una práctica cultural liberadora. Ha publicado cuatro libros de poesía: *Poemas de las cosas olvidadas* (1965), *Las palabras del Fabulador* (1968), *Astrolabio* (1976) y *Huerfanías* (1985). Su antología *Poesía joven de Chile* (México: Siglo XXI, 1973) suele reaparecer como referencia bibliográfica, y el título sigue confundiendo a poetas y estudiosos.

Ha cultivado una imagen sedentaria, apacible y contemplativa, que dosifica o desmiente con largas jornadas viajeras que lo han llevado a recorrer desde la Patagonia hasta el extremo norte de Chile, incluyendo algunas islas cercanas, pero de difícil acceso. En 1971 y 72 viajó por México y América Central, y su experiencia en la isla de Solentiname, trabajando con el poeta Ernesto Cardenal, está relatada en una bitácora de publicación reciente: *Viaje por Solentiname* (1978). Su segunda salida de Chile se gestó a partir de la invitación de una universidad benedictina (Saint John's University, Minnesota) para venir a Estados Unidos a leer su poesía y hablar sobre su experiencia de trabajo en Chile. Esta conversación se grabó mientras regresábamos desde la Universidad de Washington, en Seattle, a la de Oregon, en Eugene.

JAE: Podríamos iniciar esta conversación hablando de los comienzos de la promoción literaria a la que estamos ligados, tú como poeta y yo como crítico. ¿Cómo definirías tú esta generación, en términos de sus proyectos y direcciones creativas?

JQ: Yo pertenezco a esa generación que surge a mediados de los 60, la que comienza sus actividades el año 64 ó 65. Algunos de nosotros lo hicimos al alero de la Universidad de Concepción. Allí formamos el grupo "Arúspice". Al mismo tiempo, en la Universidad Austral de Chile se organizaba el grupo "Trilce", al cual tú estabas vinculado. Y en Arica, en la sede regional de la Universidad de Chile, surgía el grupo "Tebaida". Tanto "Trilce" como "Arúspice" son grupos universitarios, que permiten a estudiantes de distintas actividades o carreras vincularse en torno a la creación literaria. En el caso específico de "Arúspice", la actitud nuestra fue siempre grupal, es decir, primó un interés por compartir nuestros ejercicios creativos y nuestras inquietudes en torno a la poesía. Estos grupos canalizaron su trabajo

en revistas. Poco después se dan a conocer los trabajos de creadores jóvenes vinculados al Taller literario de la Universidad Católica o que estudiaban en el Pedagógico de la Universidad de Chile. En todos estos casos la Universidad parece cumplir todavía una función de "alma mater", o por lo menos es una institución que apoya, y no mira con suspicacia, las aventuras literarias. Nosotros estábamos recién escribiendo nuestras primeras cosas, y el diálogo y el reconocimiento grupal parecían una necesidad natural e inmediata. Ahora, mirando ese momento desde una perspectiva de veinte años, creo que no sólo estábamos interesados en la literatura, sino que ya había un deseo de integrarse a la realidad nacional, de participar en el orden cotidiano. Como he dicho antes, no hacíamos una poesía política, pero estábamos comprometidos con la realidad.

JAE: Un aspecto que habría que destacar de esa experiencia inicial es el vínculo entre la poesía y la crítica. Un ejemplo de esto es el Primer Encuentro de la Poesía Joven de Chile, en 1965, donde se convocan en un mismo plano a poetas y críticos.

JQ: Estos grupos establecieron de inmediato vínculos entre sí. Si revisamos las revistas que se publicaban, vemos que están allí las mismas voces. Se produjo un fenómeno interesante en Chile, que no se había dado antes: descentralizamos un poco el quehacer poético, que antes estaba localizado en Santiago, y lo vinculamos a la vida cultural de las provincias. Además, creo que desde el comienzo mantuvimos una actitud de disciplina, de rigor, con el oficio poético. No sólo nos importaba difundir el trabajo nuestro, sino asimilar críticamente el legado poético nacional. Y sobre todo, nos importaba mantener una relación directa con los poetas mayores, visitarlos, dialogar con ellos. Eso nos enriqueció mucho, y creo que nos dio una disciplina en el trato con el oficio. Ahora, en relación a la pregunta que formulas, es cierto que a la par que íbamos escribiendo y sacando a flote nuestros poemas, había también una generación coetánea dedicada a la crítica que se interesaba en nuestro trabajo, viendo por qué líneas íbamos, orientando nuestras preocupaciones. Nosotros escribíamos simplemente, sin tener una visión amplia de lo que estábamos haciendo, y qué sentido o proyección tenía ese trabajo. Esa proyección la sugerían esos críticos que estaban formándose en las mismas universidades.

JAE: ¿A quiénes destacas en esa generación de críticos?

JQ: En la Universidad de Concepción había un grupo de una gran capacidad intelectual. Estaban, por ejemplo, Jaime Giordano, Luis Bocaz, Marcelo Coddou, Jaime Concha. Ellos impusieron, a la vez que mantenían un vínculo muy cercano con los poetas, una relación humana estimulante, propiciaban una nueva manera bastante rigurosa, de valorar la obra creativa. El encuentro que se convocó en Valdivia, organizado por el grupo "Trilce", fue en verdad un acto de reencuentro con la poesía ya consolidada, puesto que se centró en la generación precedente. Allí se reunieron tanto las voces de esa poesía vigente como la crítica sobre esa obra. Posteriormente, nuestra poesía inicial, primeriza, siguió contando con ese necesario y estimulante apoyo crítico.

JAE: Nos disponemos ahora a iniciar nuestro viaje desde Seattle a Oregón, y como tenemos varias horas de trayecto, ¿te parece que aprovechemos el viaje para seguir la conversación?

JQ: Sí, estoy muy de acuerdo. Pero si te parece puedo manejar yo mismo la grabadora, para que no te equivoques con los botones y salgamos disparados con el auto fuera de la carretera.

JAE: Una pregunta que me interesa hacerte, ya que eres uno de los pocos poetas

de nuestra generación que permanecieron en Chile, es ¿qué legado o aporte de esta generación reconocen los jóvenes que han comenzado a crear durante la dictadura?

JQ: Quizás todavía es prematuro determinar cuál ha sido el aporte que les hemos dado, como generación, a los escritores de las promociones más recientes. Pienso que nuestra influencia consiste en esa disciplina, ese rigor, en el trato con el oficio, que es la actitud que más nos marcó. Creo que nuestra generación fue en cierta manera desmitificadora, desacralizadora, específicamente en una idea de la poesía como producción no espontánea. Ellos ven en las obras que hemos publicado, y en nuestras conductas, un paradigma consecuente de trabajo.

JAE: Si bien es una generación que buscaba consolidar una relación con la tradición histórica y cultural del país, y modificar a partir de esos vínculos su propio quehacer poético, una de sus direcciones parecía automarginarse de las preocupaciones por la realidad contingente. O al menos se ha tendido a leer así. Me refiero a la llamada “poesía lárca”, a la cual has sido adscrito.

JQ: Yo me alegro mucho de que me hagas esta pregunta, porque puede contribuir a clarificar el sentido que yo tengo de lo que se ha solido llamar en Chile “poesía lárca”. En verdad, la poesía lárca, como tú bien sabes, es un término que acuñó Jorge Teillier para caracterizar una tendencia que parte precisamente de su propia obra. Es una poesía de relación con el mundo de la provincia y de la aldea, con los antepasados, el orden familiar primigenio, y con la experiencia mitificada de la infancia como edad dorada. Esa atmósfera rilkeana está en la poesía de Teillier, que influyó mucho en los poetas que veníamos del sur. Es cierto que en mis primeros libros hay una línea vinculada a este larismo, y por esto la crítica me calificó de inmediato como un continuador de esa tendencia. Esto a mí no me ha molestado en absoluto, porque creo que hay lo que Cortázar llamaba “las rejuntas tácitas”. Yo vengo de la misma zona de Jorge Teillier, de un mundo provinciano que tiene las mismas características que él define poéticamente. Pero eso no es lo decisivo. Los críticos tienen la tendencia a encasillar o delimitar en fronteras rígidas la poesía. En mi caso, reconozco esa influencia en el primer libro, pero ya a partir de *Las palabras del fabulador* (1968), se advierte un distanciamiento de la poesía lárca. Uno de los elementos que caracteriza a la poesía lárca es la nostalgia. En *Las palabras del fabulador* yo me aparto de esa actitud, e incorporo elementos parrianos o provenientes de la poesía de Jacques Prévert: un tono irónico, con visos humorísticos, que busca dar cuenta de experiencias mucho más inmediatas, y que incide formalmente en una derogación de las formas narrativas y una predilección por el poema breve. Y donde mi perspectiva se aleja más de esa tradición es en *Huerfanías*. Allí el sustrato lárco es muy subyacente, pero sin una gravitación fundamental. Allí los recuerdos del pasado provinciano, las evocaciones religiosas, las reconvenciones apocalípticas, la preocupación por la temporalidad, están marcadas por una conciencia historicista: la nostalgia por el pasado no se disocia de la preocupación por los dilemas del presente y las conjeturas sobre nuestro futuro. En un artículo publicado en el diario “El Sur”, de Concepción, el profesor y crítico Mario Rodríguez define de una manera perspicaz esta evolución de mi poesía. El artículo se titula “Jaime Quezada: de los lares al profetismo”, y allí el crítico rastrea un proceso de evolución de mi poesía y la caracteriza como una obra que se instala en los dilemas de la contingencia y problematiza la anterior visión lárca. Esta evolución dialogante no es común en los otros poetas, y un amigo decía hace poco que yo era una especie de “rara avis” en la poesía chilena actual.

JAE: Este viaje nos ofrece algunas coincidencias oportunas para conectar temas. La poesía de Teillier está articulada en torno al motivo literario del viaje, y además él escribía la mayor parte de sus poemas durante sus viajes de tránsito entre la provincia y la capital. Ahora vamos a pasar por un lugar donde vas a encontrar un elemento que tú incorporaste a tu último libro, y que estaba anteriormente en Parra y Oscar Hahn. Esa visión profética de tu poesía se refiere a un futuro que puede ser un paraíso reencontrado o puede ser la destrucción final. Aquí a la vuelta del camino vamos a ver una imagen que te estaba esperando: es la planta atómica que tenemos en Oregón. Al fondo de este paisaje bucólico, allí al otro lado del río, está esa construcción tan moderna e inútil que es la planta nuclear.

JQ: Es impresionante. No puedo dejar de conmoverme al estar pasando frente a una de estas construcciones que ni siquiera estaba en nuestra irrealidad. Siempre nos pareció demasiado utópico. Y si esto estallara, ¿qué pasaría con nosotros? ¿Y con este tren que viene en sentido inverso, como esos trenes lastreros de que hablaba Neruda? Este sí que es un signo apocalíptico, una forma de constatar en la realidad que el mundo está amenazado por fuerzas que no sabemos manejar. Es un signo lleno de neutrones que se levanta sobre nuestras cabezas.

JAE: Pero volviendo a tus caminos nacionales, y hablando de la poesía como aprendizaje histórico: después de Concepción te fuiste a vivir a Santiago. ¿En qué medida esa experiencia de vida en la gran ciudad modificó tu poesía?

JQ: Yo nací en Los Ángeles, una ciudad pequeña, casi una aldea. Después estudié en Concepción, que es una ciudad más grande, con mayor dinamismo social y cultural, para llegar finalmente a Santiago, la gran ciudad. Curiosamente, viviendo en la capital, nunca me he sentido completamente santiaguino. Pero a la vez que me gusta la naturaleza, no dejo de sentirme atraído por la vida urbana. A veces, cuando camino por las calles de Santiago, paso con una gran indiferencia frente a ese torbellino de gente, y es en medio de esa muchedumbre donde he encontrado mi refugio, mi aislamiento. La ciudad me invita a buscar, tanto en los libros como en los viajes, otros rincones apartados de la geografía donde también hay una trayectoria humana, histórica, transitada por cronistas y naturalistas. Pero no se produce en mí un conflicto entre la vida de la ciudad y la de la naturaleza. Sigo viviendo con una montaña como horizonte, pero en medio de la ciudad.

JAE: Después del golpe militar, en que se diezmó el grupo generacional a que pertenecías, tú fuiste uno de los contados poetas que se quedó viviendo en Chile, además de Manuel Silva Acevedo, Floridor Pérez o Enrique Valdés. Y asumiste un papel que se ha valorado muy positivamente: mantener un vínculo activo y cercano con los poetas que comenzaron a escribir en el nuevo período. ¿Cómo se gestó esa relación?

JQ: La verdad es que después del golpe militar Chile se convirtió en un lugar de absoluto desamparo en todos los planos de la vida nacional, y específicamente en el campo literario. Los jóvenes que comenzaron sus actividades literarias en ese contexto lo hacían en situación de orfandad. Yo tenía de antes una cierta visión panorámica de la poesía chilena, y vi por qué caminos se gestaba ese trabajo. Tuve la oportunidad de acercarme a ellos primero a través de la SECH y después en un primer encuentro que se realiza en Valdivia en 1977, donde participaron poetas de la zona Sur, desde Concepción a Chiloé. Allí me di cuenta que se estaba formando una nueva promoción bastante promisoriosa. A partir de allí me integré a un trabajo que por cierto era difícil de realizar, dadas las circunstancias imperantes, pero que

nos permitía vincularnos en reuniones en algunas casas, conversaciones, recitales, etc. No es que se trate de una tarea que yo me haya impuesto o autoasignado, sino que las cosas se fueron dando naturalmente, como una necesidad de compartir nuestro "destierro interior". Después vinieron los talleres literarios, que de algún modo permitieron consolidar esas nuevas propuestas creativas.

JAE: En relación a esto, ¿en qué medida esa situación histórica y cultural que estaban viviendo modificó las opciones expresivas de esta nueva hornada?

JQ: Hay que pensar que la dictadura militar impuso una severa censura, y que ese sistema de censura llegó mucho más allá, hasta provocar un fenómeno psicológico de autocensura. Los jóvenes debieron buscar nuevas formas de expresión, tratando de no perder de vista sus requisitorias creadoras. Yo recuerdo que los primeros poemas que se presentaron estaban cargados de símbolos o significaciones ocultas, de nombres que aparentemente nada tenían que ver con la realidad inmediata, pero que aludían metafóricamente o incluso retóricamente a un mundo que podía identificarse con el nuestro. Con el tiempo, fueron decantándose algunas de estas líneas de significación. Por una parte, surge con gran fuerza una opción que podríamos denominar conceptual, experimental, que concibe el libro como un objeto artístico donde se une el lenguaje plástico, la configuración artesanal del objeto, y la escritura. Por otra, se desarrolla una línea narrativa y testimonial, de circuito subterráneo o clandestino, que da cuenta de lo que está ocurriendo en el país, tanto en el plano íntimo del hablante como en la experiencia colectiva. Es una poesía de la marginalidad, a la cual se incorpora un grupo importante de esta nueva promoción. Esta poesía asume un lenguaje directo, sencillo, pero nunca retórico.

JAE: Entre estas voces sobresalen algunas que alcanzan una rápida resonancia pública, llegando a hablarse incluso de un fenómeno poético. Me refiero, por ejemplo, al llamado "fenómeno Zurita". ¿Cómo evalúas tú la poesía de Raúl Zurita?

JQ: De una de estas tendencias de que te hablaba surge la poesía de Zurita, uno de los autores más importantes de la poesía chilena actual. Creo que la importancia de Zurita radica en una postura de trabajo que rompe con las líneas ya convencionales de la poesía chilena: rompe con la antipoesía, la herencia más inmediata con que contábamos en el país. Él aparece con un lenguaje distinto, que es casi canto, casi himno, casi letanía, con una especie de dolor redimido que responde a las vivencias de un Chile martirizado. Lo que más importa en Zurita es la escritura que impone en la literatura chilena.

JAE: En ese sentido, ¿crees que Zurita provoca una ruptura en los modos de poetizar vigentes hasta entonces en Chile?

JQ: Yo no lo vería tanto como una ruptura con la tradición poética chilena, sino que lo que incorpora es un nuevo tratamiento del poema: una elaboración más racional de la escritura, con silogismos, números, etc. El verso se hace más amplio y el libro se concibe ahora no como una simple sucesión de poemas, sino como un proyecto global, en que cada elemento está muy bien concatenado en un discurso de largo aliento. Zurita hace muy bien eso, y no desde una posición rupturista, sino asimilando críticamente ciertos estadios de la tradición poética chilena, desde Huidobro, Gabriela Mistral, hasta Neruda. Pero también Zurita tuvo el apoyo oportuno de un crítico que ayudó a difundir su obra. Nosotros pensamos en Chile que si no hubiera existido Ignacio Valente, con su columna mercurial, la poesía de Zurita no hubiera tenido tanta atención pública. Porque, y eso hay que decirlo, el espaldarazo que le dio Ignacio Valente en su crítica contribuyó a crear un gran interés en la

opinión pública por este poeta, y a interesar a otros escritores jóvenes en su obra. Pronto algunos de estos poetas comenzaron a escribir "a lo Zurita". Las crónicas de Valente marcaron eso. Esto podría parecer extraliterario, aledaño al desarrollo de una obra en verdad original y renovadora, pero creo que importa para clarificar el "fenómeno Zurita". Yo no consideraría su obra como un fenómeno de ruptura, radicalmente nueva: me parece que se trata de un poeta importante de las nuevas generaciones, pero que trabaja dentro de las líneas generacionales que vinculan la poesía chilena. Zurita puede ser un hito importante, no hay duda. Pero también hay otros tanto o más importantes que Zurita, y que no han tenido la repercusión merecida justamente por la ausencia de una crítica atenta. Podríamos citar los ejemplos de Juan Luis Martínez, que debería tener una valoración similar a la de Zurita, y luego de Diego Maquieira, Carlos Cociña, y otros.

JAE: ¿Tú crees que lo distintivo de la poesía chilena ha sido evolucionar a partir de su propia tradición, sin grandes quiebres o rupturas?

JQ: Yo creo que sí. Y cuando señalo que Zurita es un gran lector de los grandes poetas chilenos, es para reafirmar esto. Hay elementos importantes de la poesía de Zurita que estaban ya en la poesía chilena. Algunos de sus temas ya estaban tratados por otros autores. Su originalidad consiste precisamente en actualizar ciertas preocupaciones temáticas y ciertas tendencias y darle una contextura distinta, nueva. Él busca refundar un país a partir de una contextualización metafórica de su geografía (las cordilleras, los desiertos, los mares, los ríos), rescatando las riquezas tutelares y evocando a la vez ciertas voces tutelares, subyacentes en la escritura. En ese sentido, es también un intento valioso, no de rechazo, sino de refundación de una tradición poética.

JAE: En relación a tu evolución personal, llama la atención el hecho de que casi todos ustedes, en los años posteriores al golpe militar, sienten de pronto el deseo de autoevaluar su producción poética, editando antologías personales o autoantologías donde se seleccionan textos de la etapa anterior y se presentan poemas nuevos, anunciando otros derroteros. Si revisamos lo que se publica en esos años, veremos que casi todos los ex integrantes de "Trilce" y "Arúspice" asumieron en esta suerte de autoevaluación de su producción poética, con una reflexión tácita sobre lo rescatable o desechable de esa escritura. Es lo que haces tú mismo con tu antología *Astrolabio*, Pero, ¿en qué momento se inicia realmente el cambio de tu modo de poetizar?

JQ: Tienes razón cuando observas ese fenómeno: a partir del 75, cuando se abren, ciertas posibilidades de publicar poesía en Chile, o de editar textos personales en el caso de los exiliados, los autores de mi generación de una manera casi sistemática, se preocupan de difundir una obra-resumen, o antológica si se pudiera llamar así. Creo que se debe por una parte a que somos una generación con muy poca obra publicada. La mayoría sólo había editado entre dos o tres libros y de factura bastante breve. Habiendo realizado una entusiasta y extensa actividad pública, no ofrecíamos una obra personal dilatada. En el caso del libro que tú mencionas, *Astrolabio*, mi interés era al mismo tiempo reunir mi biografía creadora anterior y reordenarla con una trabazón más rigurosa, eliminando algunos poemas o corrigiendo otros. Es el interés por definir en un libro esa trayectoria de aprendizaje. En cambio, *Huermanías* es un libro completamente distinto, en el sentido que resume esa experiencia, totalmente nueva, que es vivir bajo el régimen militar. Es un libro que al mismo tiempo que se concentra en una actitud más intimista, busca

definir una óptica colectiva, plural, en su visión del mundo: el “yo” somos todos esos individuos que hemos padecido la orfandad del Chile de este tiempo. Es un libro que resume estas circunstancias, desde una conciencia aguda de desamparo. Sin ser yo un místico, incorporo allí una visión religiosa proveniente de los místicos españoles, que me interesan por su trabajo con el lenguaje, y sobre todo por haber sido “santos problemáticos” en su época. Pero también hay un acercamiento sensible al orden de la naturaleza en todas sus expresiones, descrito en relación problemática con el mundo de la tecnología. Creo que es evidente además la perspectiva historicista del libro, con un sentido de rescate de otras épocas, como la medieval, proyectándose a un futuro posible, desdibujando sus límites cronológicos.

JAE: Explícame más en detalle este vínculo con la poesía española.

JQ: Es muy grato ir conversando en la medida en que vamos recorriendo esta geografía oregoniana. Me recuerda esos viajes que hacía entre Concepción y Valdivia, bajo una lluvia parecida. Me considero un buen lector de la poesía española clásica. Y siempre he buscado establecer una relación intertextual entre ciertas obras clásicas y mis poemas. Son a veces referencias, tonos, palabras, o líneas tomadas en “préstamos”, con el fin de atraer al poema un hálito, una óptica, o una percepción históricamente lejana que requiere actualizarse. Pienso que la poesía es en definitiva una sola, hecha de vasos comunicantes, con distintos ritmos, giros lingüísticos, etc.

JAE: En tu último libro hay también referencias cifradas u oblicuas al presente del país. ¿Te ha costado mucho definir esta realidad?

JQ: En *Huerfanías* las referencias a la situación que hemos vivido en Chile durante la dictadura están dadas en forma indirecta: se expresa a través de algunos signos de doble sentido o a través de inferencias tácitas que debe hacer el lector, que se supone en conocimiento de esa realidad. La situación chilena me ha golpeado tanto, que no me ha sido fácil expresarla, y no por esa situación de censura oficial que padecimos, sino por la dificultad para encontrar los elementos o símbolos precisos capaces de definir una realidad de suyo compleja. En algunos casos encuentro ese elemento: hay un poema donde nombro un tipo de aviones, que el lector chileno reconocerá de inmediato como aquellos que se hicieron famosos cuando los golpistas bombardearon La Moneda. La mención de estos aviones debe llevar al lector a ese período trágico de nuestra historia, y hacer gravitar ese dilema sobre el presente. O mi poema “Alameda”, cuyos referentes son estrictamente naturales, pero que evocan una primavera truncada y una frase célebre del presidente Allende. La palabra “alameda” ya ha modificado su sentido después de ese discurso que todos recuerdan: se ha llenado de resonancias históricas. En el poema “Yo Juan llamado de la Cruz” el hombre que sufre la persecución y la tortura en el siglo XVI es también un chileno de este tiempo. Y en el poema “Tabla de astronomía” hay referencias mucho más directas a las cárceles secretas y los crímenes. A mí me resultaba estilísticamente apropiado, estéticamente convincente, definir esta realidad en un lenguaje un tanto críptico, contenido, sin dar mayores antecedentes contextuales. El poema escueto, limpio, que incluye entre su lenguaje el silencio (porque en cada poema hay siempre espacios en blanco) me parece lo suficientemente dramático para expresar estas situaciones.

JAE: ¿Qué función piensas que debe cumplir la poesía chilena en este tiempo?

JQ: Yo he venido postulando en este último tiempo la necesidad de recuperar una perspectiva testimonial en la poesía. Yo pienso que la poesía debe dar cuenta de

la realidad personal, social, colectiva que hemos vivido. El poeta es un testigo de su historia y de su tiempo, y debe testimoniar esa experiencia en su obra. Yo creo que nuestra Mistral es grande, y nuestro Neruda es grande, porque ellos fueron más allá de sus peripecias personales y buscaron definir la realidad colectiva de su país o de Latinoamérica: el *Poema de Chile* y el *Canto general*. Son libros a la vez contingentes, históricos y trascendentales. Creo que los poetas chilenos deben recuperar hoy, con sobradas razones, esas perspectivas.

JAE: Estamos por llegar a la ciudad de Portland. Entre las conexiones que se han establecido entre esta zona y el sur de Chile hay unas que van más allá del paisaje: hay, por ejemplo, compañías madereras locales talando bosques sureños. Aquí en Oregón hay un movimiento ecologista y de preservación de los recursos naturales bastante activo, y me pregunto si esa preocupación se nota también en Chile.

JQ: La defensa de la naturaleza me importa no sólo como tema literario, sino como deber concreto. Creo que está surgiendo en Chile una preocupación por defender los pocos bosques que nos van quedando. Lo que más crece en Chile son los desiertos. Pero la preocupación por la naturaleza ha debido atender al problema más crítico y vital, que es la preservación de un mínimo de aire puro, respirable. Chile nunca había tenido una mentalidad ecologista, pero la agudización de los problemas derivados de la sobreexplotación de los bosques, la contaminación de las aguas, el smog, etc., han hecho que la gente comience a tomar conciencia de que un deber ciudadano prioritario es ahora defender nuestro ecosistema.

JAE: Vamos a pasar ahora por Salem, la capital de Oregón. No sé si sabes que aquí en Estados Unidos las capitales no son las ciudades más importantes, sino lugares pequeños donde están instalados los centros administrativos. Desde el punto de vista del escritor que vive en Chile, ¿cómo ves los vínculos o separaciones entre los escritores exiliados y los que permanecieron en el país?

JQ: En un momento se pudo hablar de dos literaturas: una que se escribía fuera del país, y otra que se gestaba en el "exilio interior", dentro del país. Hubo un período extenso, de varios años, en que prácticamente no hubo contactos entre estos escritores. Sin embargo, con el retorno de varios de los exiliados, se comienza a recuperar de nuevo esos vínculos dialogantes, de obra y vida, que caracterizaban nuestro desarrollo literario.

JAE: Vamos a retomar la entrevista de ayer, mientras seguimos el siguiente itinerario: pasaremos a esa librería donde descubriste un libro sobre pájaros, pájaros norteamericanos, y de allí enfilamos hacia el aeropuerto. Ayer, cuando volvíamos de Seattle, hablábamos justamente del regreso. Y una de las preguntas que te hacía era qué significado pudo tener el regreso a Chile de algunos poetas exiliados, como Hernán Miranda, Omar Lara, Gonzalo Millán y recientemente de Federico Schopf.

JQ: El regreso paulatino de algunos poetas de mi generación ha significado una opción de reencuentro, luego del quiebre producido por el golpe militar, cuando la mayor parte de ellos tuvo que salir al exilio. Este regreso ha significado abrir nuevamente el puente que existió siempre en nuestra generación. Cada uno de los poetas que ha vuelto al país regresa con una obra mayor, con una obra madura, con una actitud de creatividad y sobre todo con una conciencia crítica. Esto ha sido positivo para nosotros, porque lo que pareció en un momento una generación realmente diezmada ha vuelto a reconstruir esa perspectiva de grupo que la caracterizó en la poesía chilena durante más de una década. Tanto los que estábamos



adentro como los que estaban afuera han podido ir reestableciendo una relación dialogante, permitiendo mirar esa obra como un trabajo de conjunto y sustentada en preocupaciones comunes.

JAE: Pero a la vez este regreso ha tenido ciertas aristas polémicas. Me refiero a lo que da a entender Gonzalo Millán en un artículo, refiriéndose a su desencuentro con algunos poetas que parecen ostentar una concepción un tanto militarista de lo que es la "vanguardia", y que propusieron el regreso de Gonzalo a Canadá. ¿Qué revela, en tu opinión, esta polémica?

JQ: No podemos hablar de una "polémica", en sentido literario, sino que más bien fueron algunas voces aisladas que reaccionaron con una actitud desafortunada. Esto es producto de un hecho muy especial. El regreso de Gonzalo Millán y otros poetas se produce en un momento en que la nueva generación había perdido todo contacto con la generación precedente. En este vacío producido, vuelven de pronto algunos poetas exiliados. Cuando lo hace Gonzalo Millán, encuentra una nueva hornada de poetas surgida durante el período dictatorial. Muchos consideraban que los que estaban regresando buscaban imponer ciertas conductas, ciertas formas de trabajar tanto en el campo de la acción inmediata como de la literatura. Estas circunstancias provocaron quizás en algunos, resquemores, pero que no pasaron de un nivel de desavenencias domésticas, sin mayor proyección. Con la sensibilidad propia del que regresa, Gonzalo pudo detectar esta situación y fue uno de los primeros en pronunciarse para tratar de aclarar malos entendidos. Porque más de alguien pensó que los que estaban aquí eran los llamados a definir las nuevas pautas de la poesía nacional, cuando nunca ha sido así realmente. Entonces el regreso de Gonzalo y otros poetas ha estimulado una clarificación de líneas, ya no tanto generacionales sino también de conductas literarias que han permeado la trayectoria de la poesía chilena. En definitiva, fue un problema que tuvo un aspecto positivo, al animar un poco el debate literario en Chile.

JAE: En este campo de los encuentros y los desencuentros, ¿cómo ven los poetas jóvenes sus vínculos con algunas voces mayores que permanecieron en el país, como Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn y Humberto Díaz-Casanueva, que ya está de regreso?

JQ: Yo diría que, debido al quiebre que tantas veces se ha mencionado, las nuevas voces surgieron sin un conocimiento de las perspectivas literarias precedentes. Esto no quiere decir que ellos no conozcan a poetas como Díaz-Casanueva o Nicanor Parra, que eran la herencia más inmediata hasta 1973. Pero, salvo figuras aisladas, la influencia de nuestros poetas mayores no es tan marcada o tan evidente. Con excepción del caso de Neruda, que sigue siendo el poeta más divulgado en Chile. Neruda está en las lecturas de formación de los jóvenes, su actitud vital es valorada, y casi no hay poeta joven que no le haya dedicado un texto de homenaje. Pero en general, cada poeta ha ido realizando su propio trabajo con las asimilaciones de lecturas muy primarias y personales de los poetas mayores. Creemos que ahora se inicia una apertura, una visión retrospectiva, hacia ese legado. Díaz-Casanueva, Enrique Lihn, Nicanor Parra, siguen creando, y esa obra se realiza a la par de las propuestas de la nueva generación, de modo que hay un espacio coetáneo de lecturas. Pero no podríamos detectar en qué medida estos poetas están influyendo en las voces más recientes.

JAE: Mientras nos detenemos en esta gasolinera, para enfilarse luego al aeropuerto, hazme una relación de los proyectos personales que tienes para el camino.

JQ: En esta entrevista itinerante, que viene realizándose a través de los caminos de Oregón, en un hermoso día de Pascua de Resurrección, resulta oportuno detenerse a pensar en los proyectos que tengo después de mi libro *Huerfanías*. Cuando uno habla de proyectos piensa en obras que no están concluidas. Yo sigo trabajando con una actitud un poco larvaria, con mucha calma. *Huerfanías* se gestó en un período de casi diez años, de manera que ese libro tiene todavía mucho que andar. Sigo escribiendo poemas, y llegará un momento en que esos textos se reúnan en otro libro. Mientras tanto estoy trabajando en otro tipo de proyectos. Me interesa mucho el texto breve, en prosa, sin llegar a ser narrativo. Tengo un libro sobre mi experiencia en Nicaragua, cuando viví en la comunidad de Solentiname durante el período de la dictadura de Somoza. Estoy también recopilando materiales sobre la obra de Gabriela Mistral, para un trabajo en profundidad. Pienso que ha llegado el momento de redescubrir la poesía y el pensamiento de Gabriela Mistral, de revalorar su visión latinoamericanista. Estoy empeñado en un trabajo de largo alcance en este sentido.

JAE: ¿Y en cuanto a tu trabajo con talleres literarios en Chile?

JQ: Una de mis actividades permanentes es justamente la realización de talleres literarios. El año 1986 tuvimos un taller en el Instituto Chileno-Francés de Cultura, con la participación de un grupo importante de poetas jóvenes. Ese trabajo continúa en 1987 con un formato de taller-seminario, dedicado a analizar los proyectos individuales y a revisar la trayectoria de la poesía chilena y latinoamericana de este siglo. Sobre todo, nos importa crear un trabajo de conciencia, dialogante, que motive al escritor joven en su trabajo personal en relación con un contexto cultural más amplio.

JAE: Ahora el amigo de la gasolinera nos hace el favor de limpiarnos los vidrios del auto para mirar mejor la carretera y no perder la bifurcación al aeropuerto. A propósito de viajes, y aunque esta pregunta parezca prematura, ¿cómo ha resultado tu experiencia en Estados Unidos?

JQ: Ya llevo casi un mes en los Estados Unidos, y tenía algunas expectativas cifradas en este viaje. Yo no había salido de Chile en 14 años, y desde aquí me doy cuenta de la preocupación y el interés que existe afuera por la realidad chilena. Los estudiantes de las universidades, los profesores, la gente joven, muestran un gran interés por nuestro país y eso se revela en sus preguntas. Ahora, personalmente, ha sido una experiencia motivadora e interesantísima. He transitado varias geografías y climas del país: el frío y la nieve de Minnesota (no veía nevar desde que tenía ocho años), la primavera y el calor excitante de las playas de California, y una primavera todavía más brillante y floral en Oregón, donde vive Juan Armando Epple. El clima humano ha sido también muy vivo y variado. No tengo todavía una visión total de este viaje, porque me queda bastante por recorrer. Cuando regrese a Chile podré valorar mejor lo que ha significado para mí esta visita. Uno de los aspectos emotivos es ver a muchos amigos chilenos con los cuales no había tenido contacto en mucho tiempo, y ha sido un reencuentro muy solidario.

JAE: Aquí está la bifurcación hacia el aeropuerto. Pero tenemos tiempo para insertar algunas preguntas que quedaron pendientes, o que había olvidado hacer. En tu primera etapa en Chile, desde *Poemas de las cosas olvidadas* hasta tu autoantología *Astrolabio*, ¿qué poetas o tendencias consideras que fueron fundamentales para esta etapa de formación?

JQ: Juan Armando no me da respiro, no me deja ver su ciudad o estos campos

tan estimulantes a la vista. Volviendo al pasado: mi primera etapa gira en torno a mi llegada a la Universidad de Concepción, donde tomo contacto con otros autores, y en especial con Gonzalo Rojas, que fue nuestro maestro en la Universidad y un maestro en propiciar un vínculo más directo y humano con la literatura. Está también mi relación con Jorge Teillier, quien tuvo una activa participación en la publicación de mi primer libro. Él inicia una serie de ediciones de poetas jóvenes, a cargo de la revista "Orfeo". En esa serie publicó también su primer libro Floridor Pérez, *Para saber y contar*. Conozco también a Rosamel del Valle, cuya obra me interesó mucho. Lo que aprendo de ellos es sobre todo una actitud hacia el trabajo creador, una conciencia de las dificultades y responsabilidades del oficio.

JAE: Y en relación a tu trabajo posterior al 73, ¿qué lecturas consideras que han sido más marcadoras, o qué nuevos descubrimientos has hecho en este campo?

JQ: Vinculado esto con la pregunta anterior, debo agregar que en esa primera etapa comenzamos a leer la poesía latinoamericana coetánea, a descubrir a Octavio Paz, Ernesto Cardenal, a establecer una comunicación activa con Nicanor Parra, etc. Estas lecturas contribuyen a acentuar nuestras convicciones poéticas. Después del año 73 mi mundo de lecturas se expande: comienzo a leer a los místicos españoles, como San Juan de la Cruz y Teresa de Ávila. Yo me leí las obras completas de estos dos poetas del siglo XVI, acaso también como una forma de refugiarme en un mundo interior, de catacumbas, similar al período que vivíamos en Chile. Pero también comienzo a descubrir a poetas latinoamericanos que nosotros habíamos leído un tanto superficialmente, como Rubén Darío, José Martí, quien definía un pensamiento latinoamericano moderno, o Gabriela Mistral, que había definido una perspectiva similar, sobre todo en sus artículos. También pude reiniciar otras lecturas, de autores que ya me interesaban y que busqué nuevamente. Con Ernesto Cardenal tuve una relación muy cercana, y siempre me importó mucho su obra. Esas lecturas de alguna manera están en mi poesía.

JAE: Mira, ahora vamos por uno de esos caminos marginales. Hay otro más directo que casi nunca tomo. Me gusta venirme por estos derroteros porque los paisajes son mucho más naturales.

JQ: Sí, da la ilusión de andar por el sur de Chile.

JAE: Volviendo a tus lecturas: veo que te interesa rescatar algunas voces que fueron marginalizadas en su tiempo. Creo que lo mismo ocurre con tu afición de viajero: en Chile te has dedicado a recorrer rutas que después se dejaron de lado, y que tú has tratado de rehacer. Cuéntame algo de esos viajes tuyos en Chile.

JQ: Ahora que veo ese caballo blanco que está pastando allí, recuerdo un poema que escribí en los alrededores de Santiago, cuando la capital parecía una ciudad muerta. Allí había un caballo pastando entre los cardos secos. Pero aquí el pasto brilla con distintos colores. Incluso con el color del dólar. Cuando hablamos de autores u obras que han influido en mi poesía también habría que agregar lo que decía Juan Armando: mi interés por la geografía y flora de Chile y por los textos científicos sobre el tema. Mi biblioteca está llena de libros de poesía, pero también incluye muchos libros científicos, especialmente sobre botánica. Ese interés se conecta también con los viajes que he realizado en Chile en estos años. Yo he vivido la dictadura en Chile, y lo he hecho buscando aquellos lugares apartados del territorio y que han tenido una participación ya en lo histórico, ya en lo político, ya como enclaves naturales. Fui a Juan Fernández, una isla llena de resonancias históricas y llena de leyendas. La leyenda de Alejandro Selkirk pero también la

historia de los patriotas desterrados. Allí pasó parte de su vida Juan Egaña, un chileno enviado a presidio a comienzos del siglo XIX, y en el período de la dictadura de Ibáñez llegaron desterrados allí otros políticos y escritores. Entonces, es una isla llena de sucesos históricos y legendarios. Además, es una región muy rica en vida natural, a la que llegan especialistas de todo el mundo a estudiar sus plantas y aves autóctonas. He ido también al norte, otra región muy especial. Subí al volcán Antuco, adonde llegaron antes Claudio Gay e Ignacio Domeyko, autores de importantes trabajos sobre la historia natural de Chile. La isla Mocha es otro lugar que me atrae, por lo que simboliza para la historia del país. De allí fueron sacados los naturales, los indígenas, y trasladados a Concepción, entregándole la isla a un arrendatario, que impuso su propio sistema feudal. Posteriormente se usó como campo de prisioneros. Mi afición viajera no está motivada solamente por reconocer la naturaleza, sino la historia que se ha vivido en todos estos lugares donde no transitan los turistas.

JAE: Bien, parece que estamos llegando al aeropuerto, y tengo que buscar un lugar para estacionarme. Creo que es el momento de despedirnos. Y podríamos hacerlo como en Chile: con un saludo a la afición...

JO: Quiero saludar en ti a la muy hospitalaria ciudad de Eugene (al fin puedo pronunciar la palabra en inglés: antes no sabía si llamarla Eugenio o Eugenia). Como viajero, uno siente cierta emoción ante lo ya recorrido y lo que queda por recorrer. Hemos pasado una semana muy grata, anudando lazos y celebrando una amistad duradera. Y sobre todo convocando a los amigos dispersos mientras desmenuzábamos y compartíamos una de esas jaibas sagradas que se encuentran en el océano Pacífico.

JAE: Acompañadas de un vino blanco helado, según el ritual de la religión chilena.

Seattle, Eugene, 18 y 19 de abril, 1987.